

sobre el amor

Marx fue feliz, muy feliz, en la amistad y en el amor. En su *Confesión*, a la pregunta de «¿Su máxima predilecta?» respondió con las palabras de Terencio: «Soy humano y nada de cuanto es humano me es ajeno».

Su hija menor, Eleonor, escribió en sus Memorias: «Para quienes conocieron a Carlos Marx no existe leyenda más divertida que esa en que se le pinta como hombre sombrío, hosco, inflexible e inabordable... Esa estampa del hombre más animado y risueño de todos los tiempos, hombre de desbordante humor y optimismo, cuyo reír sincero era contagioso e irresistible, el más amable, cariñoso y atento de los camaradas, esa estampa era motivo constante de extrañeza, divertía a todos cuantos le conocían».

Muchos saben de la amistad de Marx y Engels, que parece cosa de leyenda. Menos del amor de Marx y todavía menos de lo que pensaba acerca del amor. Pero de no tener honda noción de este sentimiento, ¿habría sido posible el amor ideal que durante casi medio siglo vinculó a Carlos Marx y a Jenny von Westphalen, su esposa?

Casi todas las pruebas por escrito que insertamos a renglón seguido han sido publicadas en los últimos treinta y cinco años, medio siglo después de su muerte. Concedamos la palabra al propio Marx. Examinemos especialmente tres o cuatro documentos de su legado literario.

En 1932 se publicó por primera vez el texto íntegro de la obra de Marx *Cuadernos económico-filosóficos. 1844*.

Pero lo que nos interesa ahora no es el contenido general de este notable manuscrito, ni su tema capital, el complejísimo problema de la incommunicabilidad (objeto no hace mucho de acaloradas discusiones), sino solamente unas líneas del mismo, escritas en verano, con toda probabilidad en agosto de 1844. Que tal vez sean la primera manifestación directa de Marx acerca del amor en general. Líneas que reproducimos:

"Si amas sin ser amado, es decir, si tu amor como tal no es correspondido, si con tu revela-

ción vital como persona que ama no te haces persona amada, entonces tu amor es impotente, es una desgracia".

Marx prueba que, a menudo, en la sociedad se adulteran las relaciones entre las personas, incluidas las relaciones entre el hombre y la mujer. Las propiedades del dinero derivan en propiedades de la misma persona que de él dispone.

"Soy un esperpento, pero puedo comprarme la mujer más hermosa. De modo que no soy tal esperpento, pues el efecto de mi fealdad, su fuerza repulsiva, queda reducida a la nada por el dinero". "Dinero que transforma la fidelidad en engaño, el amor en desprecio, el desprecio en amor, el vicio en virtud, el esclavo en señor, el señor en esclavo, la estupidez en inteligencia y la inteligencia en estupidez". "El dinero posibilita lo imposible, fuerza el paso a lo que está en mutua contradicción".

Marx contraponen a la sociedad existente la sociedad futura, genuinamente humana; a las relaciones adulteradas entre las personas, otras genuinamente humanas:

"Imaginémonos ahora a la persona como persona y su actitud ante el mundo como una actitud humana; en tal caso, el amor se podrá cambiar sólo por amor; la confianza, sólo por confianza, etcétera".

Lo que, según previsión de Marx, debía ser norma en la futura sociedad, sólo podía ser una feliz excepción en la época que él llamaba «prehistoria de la sociedad humana». Y magnífica y asombrosa excepción fue el amor del propio Marx. Sólo con la fuerza de su amor, con la revelación de su fondo humano, despertó el amor de una joven tan magnífica como Jenny von Westphalen. Las últimas publicaciones lo confirman una vez más. Expongamos dos ejemplos.

Hace setenta años, Eleonor Marx dio a conocer por primera vez unas líneas de carta inédita de su padre.

Toda su vida —escribía ella—, Marx no sólo amó, sino que estuvo enamorado de su esposa. Tengo a la vista una carta amo-

rosa de la cual emana una ardiente pasión, como si la hubiese escrito un muchacho de dieciocho años. Pues bien, escribió esta carta en 1856, cuando Jenny ya le había dado seis hijos. En 1863, encontrándose en Tréveris con motivo del fallecimiento de su madre, Marx escribió desde allá:

"Cada día salgo a rendir culto a los santos lugares, me paso por la vieja casita de los Westphalen (en la calle de Roma), casita que me atrae más que todos los monumentos antiguos romanos, pues me hace recordar la época feliz de la juventud, los tiempos en que guardaba mi más preciado tesoro. Además, de día en día, por todos lados me preguntan dónde anda la primera belleza de Tréveris, reina de los salones. Resulta sumamente agradable para el marido ver que su mujer perdura en la memoria de todo un pueblo cual princesa encantada".

Pasaron sesenta y cinco años, y sólo en 1963 esa carta se publicó por fin íntegra, a los cien años justos de ser escrita.

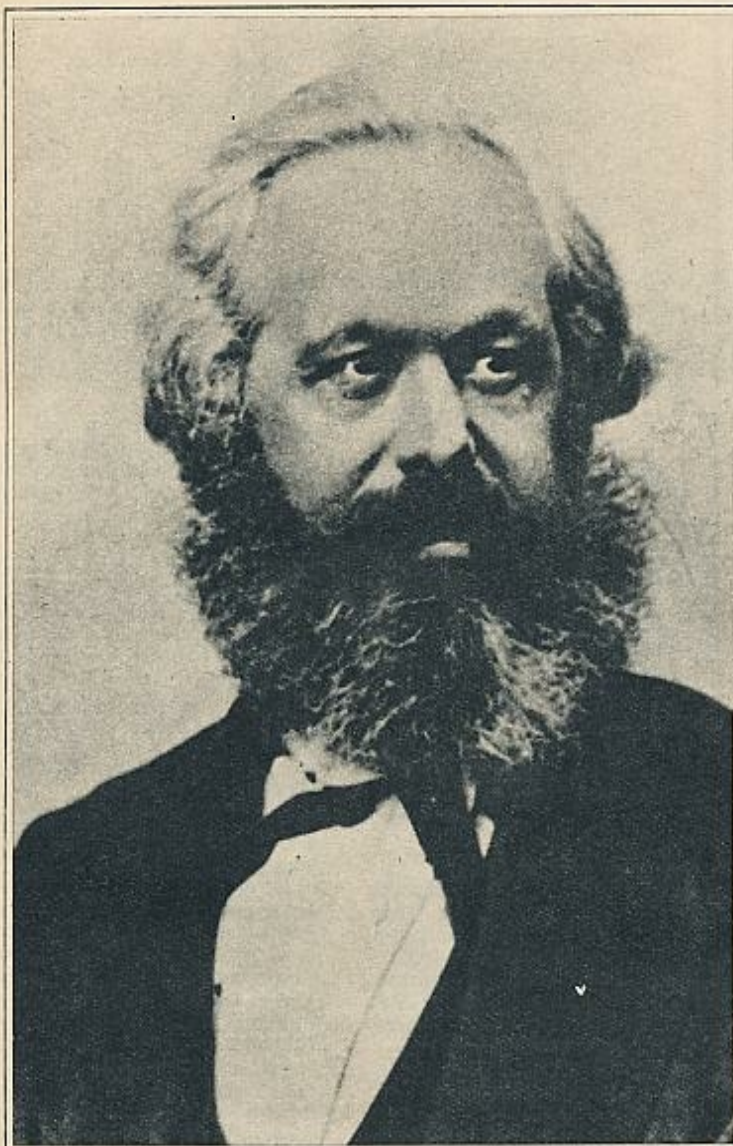
Pero no es eso lo más interesante de toda esta historia. Pues al citar esas líneas de una carta escrita en 1863, Eleonor ni una sola citó de otra, escrita antes, en 1856, de la «carta amorosa» que, según sus palabras, «emana ardiente pasión, como si la hubiese escrito un muchacho de dieciocho años». Esta carta íntima a que hiciera alusión Eleonor se guardó durante más de cien años en casa de los Marx y de sus descendientes, oculta a la mirada curiosa del lector y del investigador científico. Hasta que en 1958, en Milán, y luego, en 1962, cuando se hizo su primera traducción al ruso, se publicó por fin y se pudo tener conocimiento de ella. He aquí unos párrafos de esa carta impresionante:

"Amor mío:

Hoy vuelvo a escribirte porque en mi soledad me resulta penoso hablar mentalmente contigo de continuo mientras que tú nada sabes, ni oyes, ni puedes contestarme. Por malo que sea tu retrato, me presta un excelente servicio. Ahora me explico que hasta las 'madonas sombrías', las

más feas imágenes de la Virgen, tengan celosos adoradores, más numerosos incluso que las buenas imágenes. En todo caso, ninguna de esas sombrías imágenes ha recibido tantos besos y tan devotas y tiernas miradas, ninguna ha sido adorada tanto como esta fotografía tuya, que aunque no sombría, si que me parece gris y, en general, no refleja tu amado rostro, encantador y 'dulce', como creado para besarle. Pero yo perfecciono lo que mal impresionaron los rayos solares, y noto que mis ojos, aunque estropeados por la luz de la lámpara de noche y por el humo del tabaco, de todos modos son capaces de representarse tu imagen, y no sólo en sueños, sino en la realidad. Tú, toda tú, te me ofreces como viva, y yo te llevo en brazos, te cubro de besos desde la cabeza hasta los pies, caigo ante ti de rodillas y suspiro: '¡Te amo, te amo!'. Si, te amo con más pasión que amara en tiempos el moro veneciano. En este mundo veleidoso y traidor se tiene una noción falsa y superficial del amor. ¿Quién de mis numerosos calumniadores y maldicientes enemigos me ha reprochado alguna vez el poder interpretar el papel de primer amante en cualquier teatro de segunda categoría? Pero así es. De tener estos canallas siquiera una pizca de humor, pintarrajarían las relaciones de producción y de cambio a un lado y a mí, a tus pies, a otro: '¡Miren uno y otro cuadro!', escribirían debajo. Pero estos canallas son unos imbéciles y lo serán siempre.

La separación temporal es conveniente, ya que el trato continuo crea apariencias de monotonía, que borra las diferencias entre las cosas. Hasta las torres, miradas de cerca, no parecen tan altas, mientras que las minucias de la vida cotidiana se agrandan hasta la exageración cuando se topa de lleno con ellas. Lo mismo ocurre con las pasiones. Las costumbres ordinarias, que en la intimidad embargan por entero a la persona y devienen en pasiones, dejan de existir en cuanto que se pierde de vista su objeto inmediato. Las pasiones hondas, que por la proximidad de su objeto adquieren forma de costumbres ordinarias, se avivan y re-



Carlos Marx y su esposa, Jenny von Westphalen. Carlos Marx nació, en Tréveris, el 5 de mayo de 1818, de padre judío y madre holandesa. Su esposa era cuatro años mayor que él; hija del barón Westphalen, la familia procedía de Escocia y descendía de los condes de Argyll. El noviazgo de Carlos y Jenny fue difícil: formalizado cuando Marx estudiaba en Bonn y tenía diecisiete años, sólo fue conocido al principio por los padres del novio; los padres de Jenny pusieron dificultades para el matrimonio. La familia Marx vivió en París, Bruselas, Prusia, otra vez en París y, finalmente, en Londres, donde pasó la mayor parte de su vida. Las dificultades económicas fueron frecuentes y sólo mitigadas por el escaso dinero que Marx cobraba de un periódico americano (allí publicó «Revolución en España») y la renta anual que pasaba Federico Engels.

cuperan su vigor bajo el influjo mágico de la separación. Basta que el espacio nos separe para que yo me convenza al momento de que el tiempo ha servido a mi amor para lo que el sol y la lluvia sirven a la planta: para su desarrollo. En cuanto quedas lejos de mí, mi amor por ti se ofrece tal y como es en realidad, en forma de gigante, y en él se concentran toda mi energía espiritual y toda la potencia de mis sentidos. Y vuelvo a sentirme persona en la verdadera acepción de la palabra, pues experimento una pasión inmensa... y el amor por la amada, por ti precisamente,

de nuevo hace hombre al hombre en el sentido estricto de este vocablo.

Sonríes, amada mía, y te preguntas a qué viene, de pronto, esta retórica. Pero si pudiera estrechar tu corazón tierno y puro con el mío, callaría, no diría una palabra. Imposibilitado de besarte con mis labios, tengo que recurrir a las palabras para con ellas enviarte mis besos. En realidad, hasta podría componer poesías y reversificar los 'Libri Tristium' de Ovidio en 'Libros de Tristeza' alemanes. Ovidio solamente estaba alejado del Emperador Augusto. Yo, en cambio,

estoy alejado de ti, algo que a Ovidio no le fue dado comprender.

Desde luego, en el mundo hay muchas mujeres, algunas muy hermosas. Pero, ¿dónde voy a encontrar yo otra cara donde cada rasgo, cada arruguilla incluso, despierte en mí los más intensos y bellos recuerdos de mi vida? Hasta mis inmensos sufrimientos, mi pérdida irreparable leo en tu amada fisonomía, dolores que mitigo cuando cubro de besos tu rostro querido. 'Enterrado en sus brazos, resucitado por sus besos'... Sí, en tus brazos y por tus besos...

Adiós, amada mía. Miles y miles de besos para ti y para nuestros hijos.

Tu Carlos".

Y todo empezó porque Carlos y Jenny tuvieron que desposarse en secreto y luego, durante siete largos años, sostener una dura lucha por el derecho a ser marido y mujer. El era estudiante, hijo de familia de la clase media y sin títulos nobiliarios, con perspectivas poco claras para el futuro, bien que con el apasionado deseo de «trabajar por la Humanidad». Ella, hija de casa rica y aristocrática, la «primera belleza

sobre el amor

de Tréveris y reina de los salones». Según el concepto que se tenía en sus medios, su matrimonio con ese joven distaba mucho de ser una brillante partida, sería una «mesalliance». Y el amor tuvo que defender su existencia y su futuro.

El mismo año en que se publicó por primera vez íntegra la carta escrita por Marx a Jenny en 1863, en la segunda edición rusa de las obras de Marx y Engels, hasta ahora la más completa del legado literario de los fundadores del comunismo científico, se insertó una carta inédita de Marx a Paul Lafargue, cuyo texto completo reproducimos con algunos comentarios, pues toda ella está dedicada al amor.

Aquí Marx se nos ofrece en otro plano: en el de padre cuya hija piensa casarse. Lafargue, joven de veinticuatro años, amigo suyo, uno de sus mejores discípulos en el futuro, estaba enamorado de su segunda hija y deseaba casarse con ella (1).

Veamos qué actitud mantiene Marx en ese caso. He aquí esa carta, fechada en Londres, 13 de agosto de 1866 (Marx tenía, a la sazón, cuarenta y ocho años):

"Querido Lafargue:

Permitame que le haga las siguientes observaciones:

1. Si desea mantener relaciones con mi hija, será menester que renuncie a su método de 'cortejarla'. Usted sabe perfectamente que no existe firme promesa, que no hay nada decidido. Pero aún en el caso de que ella estuviese comprometida a usted oficialmente, no debería olvidar que el asunto requiere tiempo. La demostración de una intimidad demasiado grande sería inoportuna, tanto más cuanto que los enamorados van a vivir en una misma ciudad durante largo tiempo, por fuerza saturado de duras pruebas y sufrimientos. He observado con espanto los cambios en su conducta, de día en día, en el período de una sola semana. A mi juicio, el verdadero amor se expresa en la discreción, modestia, timidez incluso, del enamorado ante su idolatrada, y en modo alguno en la desenvuelta demostración de su pasión y una familiaridad prematura. Si usted invoca a su temperamento criollo, mi deber será interponerme con mi raciocinio entre su fogosidad y mi hija. Si encontrándose cerca de ella usted no es capaz de demostrarle su cariño en la forma que corresponde al meridiano londinense, tendrá que transigir con la necesidad de amor a distancia. A quien oídos tiene, con pocas palabras le bastan.

2. Antes de determinar definitivamente sus relaciones con Laura, he de tener una idea clara sobre su situación material. Mi hija piensa que yo estoy al tanto de sus asuntos. Pero se equivoca. Yo no he planteado la cuestión por considerar que procedería que usted se tomase la iniciativa al respecto. Sabe que he sacrificado toda mi fortuna a la lucha revolucionaria. No lo lamento, al contrario. Si tuviese que emprender de nuevo mi trayectoria en la vida, haría lo mismo. Lo único, que no me casaría. Por cuanto esto es superior a mis fuerzas, quiero evitar que mi hija tropiece con los escollos en que se estrelló la vida de su madre. Comoquiera que la cosa no habría llegado hasta el extremo que ha llegado de no ser por mi ingerencia inmediata (¡debididad por mi parte!) y por el ascendiente de mi amistad hacia usted en la conducta de mi hija, todo el peso de la responsabilidad personal recae sobre mí. En lo que atañe a su situación actual, las noticias que tengo, que no he pedido, sino recibido a despecho de mi voluntad, en general no son tranquilizadoras. Pero, dejemos esto. Por lo que respecta a su situación en general, me consta que usted sigue estudiando, que su carrera en Francia ha quedado medio truncada por los acontecimientos de Lieja, que para su aclimatación en Inglaterra le falta una premisa necesaria, el conocimiento del idioma, y que, en el mejor de los casos, sus oportunidades son muy problemáticas. Por lo que tengo observado, veo que usted, por naturaleza, no es trabajador, pese a sus arrebatos de febril actividad y su buena voluntad. En estas circunstancias, necesitará ayuda para empezar la vida con mi hija. En cuanto a su familia, nada sé de ella. Pero aun suponiendo que goce de cierto bienestar, ello no quiere decir que esté dispuesta a hacer sacrificios por usted. Ni siquiera sé cómo mira su proyectado matrimonio. Repito, necesito explicaciones positivas acerca de todos estos puntos. Además, usted, realista convencido, no puede esperar que yo mire como un idealista el futuro de mi hija. Hombre tan positivo que quisiera suprimir la poesía, usted no pretenderá dedicarse a ella en perjuicio de mi hija.

3. Para evitar toda interpretación falsa de la presente carta, sepa que si usted deseara contraer matrimonio hoy mismo no lo lograría. Mi hija rechazaría su petición. Y yo mismo me opondría. Tiene que ganarse una posición antes de pensar en el matrimonio; es preciso, además, un

largo plazo de prueba para usted y para ella.

4. Yo deseaba que esta carta quedase en secreto entre nosotros dos. En espera de su respuesta.

Suyo, Carlos Marx".

Asombran en esta carta los contrastes: el cariño por la hija y el amigo, el elevado concepto del propio amor y su extraordinaria sobriedad; la brillante agudeza de espíritu y su honda amargura.

Aquí, Marx dice claramente lo que piensa del amor; importantísimo pasaje que quisiéramos repetir:

"A mi juicio, el verdadero amor se expresa en la discreción, la modestia, timidez incluso, del enamorado ante su idolatrada, y en modo alguno en la desenvuelta demostración de su pasión y una familiaridad prematura".

En cuanto a la sorprendente sobriedad de esta carta, sería equivocado pensar que Marx, con los años, se serenó, olvidándose de su propia época de tormentas y de lucha, que la suya es la actitud ordinaria de la generación mayor ante la menor.

Pues, ya antes de dedicar dos pequeños cuadernos de versos a «Mi querida, siempre amada, Jenny von Westphalen», en ejercicio escrito al rendir los exámenes de fin de estudios en la escuela, escribió, con una sobriedad sorprendente en muchacho de diecisiete años: «Pero no siempre podemos elegir la carrera por la que sentimos vocación; nuestras relaciones en la sociedad empiezan a articularse en cierto grado ya antes de que seamos capaces de ejercer alguna influencia sobre ellas».

Pero el caso es que ese mismo materialista sobrio había de escribir después a su Jenny ardientes, apasionadas cartas, dos de las cuales, como hemos visto, fueron escritas poco más tarde que la severa carta a Paul Lafargue.

Leamos la conmovedora descripción que hace Eleonor de los últimos días de Jenny. En otoño de 1881, Marx y Jenny se encontraban gravemente enfermos. «Fueron unos días terribles — escribe su hija menor en sus Memorias—. En el primer aposento, espacioso, guardaba cama nuestra mamá; en la habitación de al lado, más pequeña, estaba "El Moro" (2)... "El Moro" venció, una vez más, la enfermedad. Jamás olvidaré la mañana en que él se sintió con bastantes energías para pasar al cuarto de mamá. Al verse juntos volvieron a rejuvenecer, parecían dos jó-

venes enamorados que acababan de empezar la vida matrimonial y no el viejo quebrantado por la enfermedad y la mujer moribunda que se despedían para siempre».

El 2 de diciembre de 1881 falleció Jenny. Ese día, Engels dijo: «También ha muerto "El Moro"». Cierta que vivió quince meses más que ella, pero fueron ya meses de lento morir.

O tomemos esta otra carta de ese último período: «Tú sabes — escribe a su «siempre fiel e inseparable» Engels— que me es más ajeno que a nadie el patetismo afectado, pero mentiría si no dijera que la mayor parte del tiempo mi mente está embargada por el recuerdo de mi esposa, inseparable de todo lo más feliz que hubo en mi vida».

No, el tono sobrio de su carta a Paul Lafargue no dimanaba de su «madurez vital». En Marx, a lo largo de toda su vida consciente, se conjugaron la pasión y la juiciosidad, el arrebato y el cálculo, el ardor y la serenidad. Y si elevó tan grandes y severas exigencias al amor, eso obedeció a su honda comprensión de las dificultades que había de soportar en el ambiente social de entonces. Soportar para mantenerse firme y no perecer, y no para convertirse en la mayor de las desgracias para los enamorados.

Eleonor Marx escribió acerca de su madre:

«No será exagerado decir que sin Jenny von Westphalen Carlos Marx nunca hubiera sido lo que fue».

El suyo fue un verdadero amor. ■ G. BAGATURNIA (APN).

(1) Laura Marx y Paul Lafargue se casaron; llevaron una vida revolucionaria pobre, difícil y áspera. Lafargue y Laura llegaron a España en el verano de 1871, exiliados de Francia por la represión de Thiers contra la Commune. El gobierno español negó la extradición que solicitaba el gobierno francés. Lafargue organizó el núcleo marxista de la Internacional española, dominada por los anarquistas (bakunistas), y tradujo al castellano (había nacido en Santiago de Cuba) el "Manifiesto comunista". Fue secretario para España en el Consejo de la Internacional (cargo que luego ocuparía Engels). En 1911, residiendo en París, Laura y Paul Lafargue se consideraron demasiado viejos para servir a la revolución y se suicidaron juntos. El 3 de diciembre de 1911 fueron enterrados en el cementerio del Père Lachaise. Se pronunciaron discursos revolucionarios ante su tumba. Uno de los oradores representaba a los socialdemócratas rusos y se llamaba Vladimir Ulianov, Lenin.

(2) "El Moro" era Carlos Marx. Engels también lo llamaba así en sus cartas.